

Hojitas de Fe

Permaneced en Mí

343

9. Vida espiritual

Meditando con San Agustín La lucha contra las tentaciones

Hay declarada una guerra no sólo contra las sugerencias del espíritu del mal, contra el príncipe que domina en los aires, contra el diablo y sus ángeles, invisibles agentes de la iniquidad, sino también contra ti mismo.

Debes, sí, declarar guerra a tus malas costumbres y a las inclinaciones inventadas de la mala vida que te arrastran al pecado habitual e impiden renovarte. Se te impone, por tanto, una vida nueva, y tú eres hombre viejo.

Te elevas con la alegría de la renovación y desciendes con el peso de tus antiguas costumbres; y aquí comienza la guerra contra ti mismo. Pero desde el momento en que empiezas a sentir disgusto de ti mismo, estás ya en el principio de la unión con Dios, y por esta parcial unión te haces apto para vencerte a ti mismo, pues vive en ti el que triunfa de todos los obstáculos.

La vida de los santos ha consistido en esta lucha continua; y en esta guerra tendrás que luchar tú hasta que mueras.

1º El tentador.

La sugerencia del diablo puede llegar a vencerte si tú consientes; pero no puede rendir al que no consiente. El diablo está en acecho para ver cuándo resbala tu pie, a fin de hacerte caer en tierra. El observa tu talón; tú atiende a su cabeza.

Su cabeza es el principio de la mala insinuación. Por tanto, apenas empiece a sugerirte malos deseos, recházale pronto, antes de experimentar algún agrado que pueda arrastrar tras de sí el consentimiento. De este modo tú esquivarás su cabeza y él no podrá apresar tu talón.

Siempre que te venga a la mente el deseo de algo ilícito, aparta de él tu atención, para no consentir. Esta imaginación es la cabeza de la serpiente: aplástala y te librará de otros movimientos pecaminosos.

Te sugiere, por ejemplo, la idea de lucro, y te presenta una ocasión en que fácilmente podrías obtener grandes ganancias: basta que uses del fraude para tener el oro a montones y ser rico. He aquí la cabeza de la serpiente: pisotéala, desprecia su instigación. Te ha deslumbrado con tal gran cantidad de oro, pero ¿de qué te sirve ser dueño del mundo, si tu alma sufre daño? (Mt. 16 26). ¡Piérdase el mundo entero con

tal de que el alma no sufra daño alguno! Si hablas así, has descubierto la cabeza de la serpiente y la has aplastado.

Resiste desde el principio a la insinuación, porque el diablo está atento a tu talón, a tu tropiezo. Si tropiezas, caerás, y en cuanto caigas, serás su posesión.

Para no caer, procura no salirte del camino. Cristo es la verdadera luz y Cristo es el camino. Caminas por Cristo y vas a Cristo. Si te separas de Cristo, te escondes de la luz y te apartas del camino. Estrecho es el sendero que el Señor te ha trazado, pero fuera de él no hay más que tropiezos.

2º Primer engaño del enemigo.

No repitas esta objeción: «*¿Por qué el diablo ha recibido tanta libertad para dominar al mundo y hacer alarde de tanta fuerza y poder?*»

¿Cuánta es, en realidad, esta fuerza, este poder? Sin el permiso divino no puede hacer nada. Condúcete de modo que no tenga potestad alguna sobre ti, pues aunque la tuviera para tentarte, lo será para su confusión si tú no te dejas dominar.

Procura estar siempre en guardia, porque continuamente tiene dispuesto el lazo tu enemigo, y ¡ay de ti, si caes en él! Es un engaño que el enemigo prepara con error y terror: con el error engaña, y con el terror acobarda y caza. Cierra la puerta de tus apetencias, y no entrará el error; cierra la de la desconfianza, y no sentirás el terror; y así no caerás en su trampa.

No se te ocurra jamás decir: «Ahora no es tiempo de tentación». Discurrir así es prometerte una falsa paz; pues cuando más tranquilo creas vivir, es cuando más te asaltará el enemigo.

No te prometas seguridad completa durante este destierro; y si algún día llegas a pretenderla, convéncete de que es un apego de tu corazón más que auténtica seguridad. No te prometas esta tranquilidad. El enemigo no cesa de perseguirte; y si muchas veces no lo hace descaradamente, no deja nunca de tender lazos ocultos. Por eso se le llama león y dragón; león, cuando ataca con violencia, y dragón, cuando se pone en acecho para engañar.

3º Segundo engaño del enemigo.

Hay otra tentación, que es la de del *tedio espiritual*. Hay circunstancias en que no tienes gusto ni en la lectura ni en la oración. Es una tentación contraria a la anterior. En aquélla, el peligro consistía en estar hambriento de la verdad; en ésta es el fastidio de la misma.

Esta tentación consiste en un decaimiento del alma. No te solicita el pecado, pero tampoco te deleita la palabra divina.

Habiendo salido libre de otros peligros, cuida de que no sea causa de tu ruina el tedio y fastidio de las cosas espirituales. No es cosa de despreciar esta tenta-

ción; examina si te domina, y si te encuentras en ella, clama al Señor para que te libre también de estas tus miserias, y en cuanto te veas libre, alaba al Señor por todas sus misericordias.

4º Tercer engaño del enemigo.

La serpiente no cesa de aconsejarte el mal; te dice: «*¿Por qué vives así? ¿Acaso eres tú el único cristiano? ¿Por qué no haces lo que hacen otros?*» El enemigo no ceja nunca: insistirá y procurará vencerte, invocando el ejemplo de los malos cristianos.

Examina tu modo de obrar y no imites a los malos cristianos. No digas: «*Haré esto, porque son muchos los fieles que lo hacen*». Esto no es preparar las defensas del alma, sino más bien buscar compañeros para el infierno. Procura crecer en el campo del Señor, donde encontrarás buenos cristianos que te llenarán de gozo si es que tú eres bueno también.

Desprecia la soberbia del tentador. El tentador no cesa de llamar una y otra vez para entrar; pero si una y otra vez encuentra tu puerta cerrada, seguirá su camino. Ataca él desde fuera la ciudad amurallada, pero no puede rendirla. Si rechazas sus insinuaciones y descubres su cabeza, no podrá entrar en tu corazón.

No pienses que el diablo haya perdido contigo su furor. Cuando te adulera, entonces debes principalmente recelar de él. Te adulera con promesas de honores, de riquezas y de placeres; pero también te amenaza anunciándote dolores, miserias y humillaciones. Si no tienes valor para despreciar sus promesas, ¿cómo pretendes triunfar de sus amenazas?

Funda sobre Cristo tu edificio, a fin de que no seas arrastrado por las aguas, el viento o las lluvias.

Si quieres estar armado para resistir las tentaciones, haz que el deseo sincero de la Jerusalén celestial eche raíces en tu corazón y se fortalezca. Pasará el cautiverio, llegará la felicidad, será confundido tu enemigo y habrás triunfado para siempre con Dios.

Afectos y súplicas.

¡Qué suave vida sería no tener deseos desordenados! ¡Oh, dulce vida!

Dulce es también el placer del pecado; de lo contrario, los hombres no lo seguirían. Los teatros, los espectáculos, las canciones torpes, dulzuras son de la concupiscencia, a la que realmente deleitan, pero no según tu ley, oh Señor.

¡Dichosa el alma que se complace en las dulzuras de tu ley, en la que no la contamina torpeza alguna, sino que la purifica el aire sereno de la verdad!

Tú eres suave, oh Señor; con tu suavidad enséñame tus bondades. Sí, amaéstrame con tu dulzura, porque así me harás aprender. Yo aprendo a obrar siempre que tú me enseñas con tu suavidad.

Cierto que cuando el mal me solicita y es dulce, me resulta amarga la verdad. Amaéstrame con tu suavidad, de modo que me sea agradable la verdad y tu dulzura me haga despreciar la iniquidad.

Mucho mayor y más suave es la verdad; pero, como sucede con el pan, no es agradable más que para los sanos. ¿Qué cosa mejor y más excelente que el pan del cielo? Nada, en verdad, pero sólo para el que no padezca la dentera de la maldad. Como las uvas agraces perjudican a los dientes y el humo a los ojos, así la maldad para el que la comete.

¿De qué me sirve alabar el pan, si vivo mal? No me nutro de lo que alabo. Escucho la palabra de la justicia y de la verdad, y la alabo; pero la mejor alabanza sería practicarla. ¡Ayúdame, Señor, a practicar lo que alabo!

Socórreme, porque tengo declarada guerra implacable al diablo y a sus ángeles, con los que no es posible concordia alguna, porque tratan de arrebatarme el reino de los cielos.

Mucho más alerta están ellos para engañarme que yo para preservarme de sus asechanzas.

Cuando el decaimiento invade mi alma, debo temer no me ahogue la tristeza; así como cuando la alegría rebosa en mi corazón, tengo que precaverme para que mi espíritu no se disipe en huecas palabrerías.

Todos los días me combaten algunas tentaciones. El atractivo de los placeres me hace guerra continua; y aunque no consienta, me molesta esta lucha y corro peligro de quedar vencido. Y cuando por no consentir quedo triunfante, me cuesta todavía resistir a los atractivos del placer.

Pero si me molestan las tentaciones, dirigiré una mirada a Ti, pendiente de la cruz. Escúchame, te ruego, Señor; clamo a Ti, que estás dentro de mí para escucharme.

Purifica la morada íntima de mi corazón, ya que dondequiera que esté y en cualquier parte que ore, Tú, que escuchas, estas dentro de mí, sí, dentro, en lo más secreto; porque Tú, que me oyes, no estás fuera de mí.

Toda iniquidad, grande o pequeña, debe ser castigada, o por el mismo hombre penitente, o por Dios vengador.

En una palabra, o castigas, o castigo.

¿No quieres que castigue El? Castiga tú.

Pues a quien le duele lo hecho, se castiga a sí mismo.

San Agustín